

David G. LaFRANCE: *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913. The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*. Wilmington, Delaware: Scholarly y Resources Imprint, 1989, 271 pp. ISBN 0-8420-2293-7.

Este libro es la primera obra de carácter histórico que aparece sobre la Revolución en Puebla. Ésta es una de sus novedades en el ámbito de la historia regional. Dentro de lo que se ha escrito sobre el periodo también resalta por sus planteamientos acerca de Madero y su movimiento. Esta historia se documenta en más de treinta archivos, nacionales y extranjeros, así como en no pocos impresos de la época y en lo más importante que se ha escrito sobre el tema y el periodo.

La Revolución en Puebla surgió como seguimiento de movimientos políticos nacionales, dice LaFrance. En 1909-1910 éstos surgieron para desafiar al régimen de Porfirio Díaz, como el dirigido por el general Bernardo Reyes o el que hdereó Francisco I. Madero, que fue el que prendió y se extendió en el estado.

Como todos los movimientos reformistas que enfrentaron a un sistema represivo y largamente establecido, el movimiento maderista, según el autor, fracasó en constituir un nuevo y moderado arreglo político; las fuerzas conservadoras trataron de hacerlo caer y sus partidarios radicales rebasaron su limitado proyecto político.

Los orígenes y el éxito del movimiento en Puebla deben atribuirse a Aquiles Serdán, quien en poco más de dos meses logró organizar clubes antirreleccionistas que sumaban más de 2 000 miembros. Éstos eran individuos que provenían principalmente de las clases bajas, que se unieron al movimiento no tanto por su contenido político sino porque veían en él como una posibilidad de llegar al poder y lograr el cumplimiento de sus demandas. Algunos de ellos tuvieron vínculos con el anarquista Partido Liberal Mexicano (PLM). Todo esto, unido al liderazgo de Serdán, dio al movimiento un sesgo radical, que le restó el apoyo de los moderados. LaFrance muestra cómo sólo después de que el movimiento estaba en marcha y se preparaba la campaña electoral Madero obtuvo el apoyo de los moderados. Éstos podían identificarse con los sectores medios de la sociedad poblana y con los grupos urbanos, quienes veían las reformas políticas que prometía Madero como una solución a los problemas del país y a los propios. De manera que, para el autor, las diferencias entre las facciones que apoyaban al líder nacional correspondían a su situación económica e incluso a su desarrollo cultural.

Los radicales triunfaron en mayo de 1911 —porque al controlar la mayoría de los distritos del estado, fueron una amenaza para la capital del país, constribuyendo así a la caída de Díaz—, pero fueron los moderados los que controlaron el gobierno del estado y, con el apoyo de Madero, buscaron destruir el poder político y militar de los insurgentes. En esta situación, los conservadores intentaron rebelarse varias veces, sin encontrar una respuesta enérgica por parte de las autoridades, dice LaFrance. Las actitudes del gobierno y de Madero llevaron a los insurgentes a tomar la iniciativa para conseguir sus demandas de reformas socioeconómicas, por medio de huelgas, ataques a fábricas o invasiones de tierras, al sur del estado, que estaban en manos de los zapatistas.

Cuando Madero asumió la presidencia del país, hacia fines de 1911, su movimiento en Puebla se había debilitado seriamente. El gobernador del estado, Nicolás Meléndez, intentó hacer algunas reformas, que resultaron insignificantes para los sectores “medio y bajo de la sociedad poblana”. Por eso, dice el autor, los moderados retiraron poco a poco su apoyo al gobierno, mientras que los radicales y conservadores se oponían a él abiertamente.

La fragmentación del movimiento se hizo total en las elecciones para gobernador de noviembre de 1912, cuando Madero y Meléndez impusieron a su candidato, mostrando fisuras dentro de la fracción moderada del maderismo y dándole el golpe de gracia.

En términos generales, dice LaFrance, el arribo de Huerta al gobierno nacional fue bien recibido en Puebla. Además de los grupos antimaderistas que se le unieron, el gobernador y los empleados públicos se quedaron a colaborar con él. Aunque muchos le retiraron su apoyo al conocerse el asesinato de Madero, otros más se rebelaron desde el principio contra el gobierno de Huerta, ya no como fuerza organizada, sino uniéndose a otros grupos opositores. Los que permanecieron en el gobierno también adoptaron una actitud de resistencia, por lo que Huerta se vio obligado a sustituirlos y a remplazar al gobernador del estado por un comandante militar, el general Joaquín Mass.

Para LaFrance, el maderismo logró la caída de Díaz, pero fracasó en mantener y consolidar su poder. En lugar de ser un baluarte de la estabilidad como lo fue durante el régimen de Díaz, la situación política en Puebla contribuyó a la rápida caída de Madero. Esto fue así porque los líderes rehusaron ocuparse de las demandas de quienes hicieron posible el movimiento y su triunfo, debilitando así la coalición maderista y provocando, posteriormente, su derrumbe.

Para finalizar, cabe advertir que existe también una edición en español de este libro (David G. LaFrance: *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, 1987, 247 pp.). Esta edición difiere de la que aquí se reseña, porque no contiene la introducción general, ni las introducciones a cada capítulo (que por lo demás no son necesarias, a mi juicio, para los lectores mexicanos). Además de estas introducciones, la edición en lengua inglesa incluye precisiones y apreciaciones importantes que aparecen por primera vez, como las siguientes:

En Puebla la Revolución comenzó, tanto en términos políticos como socioeconómicos, antes de 1913, no después de la caída de Madero, como algunos afirman. Entre los factores que, a largo plazo, contribuyeron al estallido de la Revolución en el estado se cuentan aquellos que fueron consecuencia del impacto de la modernización de los patrones tradicionales de la vida y de las instituciones. Estos factores se combinaron con otros de carácter más inmediato, como la depresión económica después de 1905; el incremento de la agitación económica y política (huelgas y el PLM); un liderazgo hábil; un opresor claramente identificable y un Estado en crisis.

Madero ha sido considerado como un demócrata genuino, que no tuvo éxito por las difíciles circunstancias que enfrentó y por su propio idealismo e ingenuidad. Pero en Puebla, las acciones de Madero “[...] *demonstrate that he was something less than a genuine democrat*”. Él se colocó claramente del lado de los moderados, apoyándolos y colocándolos en puestos clave, a pesar de una amplia oposición; permitió el encarcelamiento de jefes rebeldes y la deportación de activistas laborales; además, en contradicción con sus propios principios, intervino en los asuntos locales y estatales, incluyendo las elecciones. Éstas y otras acciones muestran que Madero tuvo una adhesión superficial a los principios democráticos y un limitado sentido político, concluye LaFrance.

Sin embargo, dice el autor, Madero no puede ser culpado completamente del fracaso de su movimiento, ya que es probable que cualquier otro líder tampoco hubiera logrado mantener la coalición intacta. Lo fundamental es que él no tuvo en cuenta las fuerzas de cambio que habían estado operando en México desde décadas atrás. Propuso una alternativa política —la del liberalismo europeo del xix— que fue invalidada por un desarrollo capitalista que estaba rompiendo los patrones tradicionales de vida. Así que no logró distinguir entre el concepto de democracia que tuvieron

sus seguidores radicales (que incluía mucho más que el voto) del suyo propio (limitado al control del gobierno). Ésta fue la causa principal de la desintegración de su movimiento y de su caída, según LaFrance.

Con el tiempo, dice el autor, el Estado posrevolucionario descartaría el limitado criterio democrático de Madero y adoptaría una versión de la solución "carrot-and-stick" de Díaz para contener y encauzar a la disidencia, ahora en forma de un autoritario partido oficial. Así, para LaFrance, el dilema de los líderes mexicanos ahora, como en el pasado, sigue siendo el de cómo hacer llamados a la democratización del sistema político sin correr el riesgo de abrir las puertas a los elementos que demandan cambios socioeconómicos profundos y amenazan la estructura de élite dominante.

Finalmente, debe señalarse que en esta edición el autor se preocupó por hacer más explícito su argumento a lo largo de la historia que relata, lo cual es un motivo más para leer este libro.

Coralia GUTIÉRREZ ÁLVAREZ
El Colegio de México

Clara E. LIDA, en colaboración con José Antonio MATESANZ:
La Casa de España en México. México: El Colegio de México, 1988, 201 pp. «Jornadas, 113» ISBN 968-12-0408-5.

Clara E. LIDA y José Antonio MATESANZ, con la participación de Antonio ALATORRE, FRANCISCO R. CALDERÓN y MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO: *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*. México: El Colegio de México, 1990, 395 pp. «Jornadas, 117» ISBN 968-12-0455-7.

Es sabido que en 1938 el gobierno de México, encabezado por el general Lázaro Cárdenas, fundó La Casa de España en México para dar asilo a un grupo de intelectuales y científicos españoles que habían visto interrumpido su trabajo por la guerra civil, y también que de La Casa surgió, posteriormente, El Colegio de México, institución de alta cultura reconocida tanto en México como en el extranjero. Pero antes de la aparición de estos dos libros pocos conocían con precisión la amplitud y profundidad de la obra desarrollada por ambas instituciones, la cual les ha proporcionado un lugar destacado en la historia de la cultura mexicana e hispánica.